

## Intercambios en torno a la Defensa

CONTRA lo que podía suponerse, tratándose de dos gobiernos en cierta manera paralelos, las relaciones entre los dirigentes de París y Madrid son todavía escasas. El poco entusiasmo que los franceses, socialistas o no, han exhibido ante la natural candidatura de la España democrática al ingreso en el Mercado Común, sigue dificultando una franca colaboración entre dos vecinos que tantos problemas y perspectivas tienen en común. La prueba es el tiempo que ha costado a ambos gobiernos el nombramiento de respectivos embajadores. En el balance de los cien días de Felipe González, las relaciones con Francia nada esencial han aportado. Tenemos que contentarnos con unos contactos personales sobre los que fundar nuevas esperanzas, como el que hoy mismo sostienen los ministros de Defensa.

Entre Charles Hernu y Narcís Serra puede, sin duda, nacer el entendimiento. Se trata de dos políticos con bastantes afinidades, con sentido del Estado y una visión realista y pragmática de la política. Infelizmente, también, envueltos ambos en problemas similares y sometidos a las presiones que se derivan de la crisis económica, con las consiguientes limitaciones de medios y el malhumor de quienes han de sufrir las consecuencias. En este estado de cosas, la comprensión mutua queda facilitada, pero también indican que el momento no es el más propicio para vencer persistentes obstáculos, mientras en otros terrenos no se hagan mayores esfuerzos de comprensión.

Está, por ejemplo, el capítulo del armamento —aviones, tanques y otro material sofisticado— en competencia con americanos, ingleses y alemanes, que tratan de aplicar a los programas de modernización de nuestros ejércitos. Y el señor Hernu ha tenido la precaución de advertir que no venía a Madrid en «marchand d'armes», condecorador de que no es esta la mejor ocasión para ello. Las entrevistas, no obstante, pueden ser provechosas para ambas partes. Un «tour d'horizon» para tomar el pulso a la situación, delicada por muchos conceptos, sobre todo debido al enfrentamiento dialéctico al que están entregadas las dos superpotencias, situación que obliga a estar atentos a cuanto sucede en nuestra propia zona de influencia y que exige, se quiera o no, combinar esfuerzos entre los países amantes de la libertad. Es el punto esencial que no hay que perder de vista y en el que tanto Narcís Serra como Charles Hernu se saben identificados.

## Los empresarios ante el Gobierno

EN el curso de pocos días destacados dirigentes empresariales —el presidente de la Asociación de la Banca Privada, Rafael Termes y el presidente de la CEOE, Carlos Ferrer Salat—, han hecho sendas declaraciones que pueden ser calificadas de algo conciliatorias respecto al Gobierno socialista y a su política económica. El presidente de la banca manifestó sin rodeos que los actuales responsables de la política económica eran personas que conocían la difícil situación económica española y que los posibles fallos eran debidos a presiones de una corriente más radical del partido gobernante. Para el presidente de la banca privada, los empresarios debían apoyar al actual equipo ya que, caso de que éste fracasara, la responsabilidad incumbiría a los que ahora se dedican a presionar y las consecuencias podrían ser muy graves. El presidente de la CEOE, Carlos Ferrer, fue más prudente en su discurso del pasado jueves señalando que las relaciones entre el Gobierno y los empresarios no debían estar presididas por la confrontación sino por el espíritu de diálogo. Tras criticar aspectos de la política económica —expropiación de Rumasa, déficit presupuestario— señaló algunos aspectos positivos como el aplazamiento de las deudas a la Seguridad Social y el intento de flexibilizar las condiciones de empleo manifestado por el presidente González en su última rueda de prensa.

Las declaraciones de Carlos Ferrer y Rafael Termes, dos representantes sobradamente conocidos del realismo empresarial y de la actitud pragmática y pactista de los catalanes, merecen apoyo. ¿Cómo si no es a través del diálogo, se puede defender la empresa privada en un país que ha decidido por aplastante mayoría estar gobernado por los socialistas durante cuatro años?

Esta actitud de apertura de buena parte del empresario español tendría que verse correspondida por una flexibilidad mayor del Gobierno a la hora de estimular a la iniciativa privada. Es muy breve el plazo para poder pasar cuentas, pero nos parece necesario señalar que sigue habiendo una brecha profunda entre los proyectos del Gobierno y las ambiciones legítimas de los empresarios.

Un sector de la derecha española —al que no es ajeno totalmente alguna de las personas que hoy apoyamos por su realismo—, creyó que el gobierno de la UCD era insostenible para los empresarios y contribuyó a la «voladura controlada» de la Unión de Centro Democrático. Aquella campaña ayudó a que los resultados no fueran el triunfo de las fuerzas de la derecha, sino la aplastante victoria del socialismo. Teniendo en cuenta el resultado electoral, hay que apoyar, por lo menos en los próximos dos o tres años, la política económica moderada del presidente González. Así se podrá establecer un diálogo constructivo. Lo que deberán hacer esas fuerzas conservadoras es, en todo caso, denunciar las desviaciones hacia radicalismos que puedan venir de la izquierda del partido en el poder.

ENTRE tantas noticias siniestras o bobas como cada día nos sirven los periódicos, esa, reciente, llegada de la Alemania Federal, no puede resultar más afable y hasta regocijante. En la sesión inaugural del parlamento de dicha zona alemana, los diputados «verdes» comparecieron con ramos de flores, macetas con plantas y otros ingredientes vegetales, y sospecho que el gesto de los demás legisladores no pudo ser demasiado afectuoso. Quizás alguien se echó a reír, y puede que la mayoría lo tomase a choteo: estoy seguro de que todos ellos, en su fuero interno, se sintieron incómodos. La idea, tan elementalmente muda como provocativa, de colocar un pedacito de «naturaleza» fragante en un salón forzado al papel frío de las leyes y a la oratoria espesa de quienes las elaboran, me parece genial. Es como un «memento homo!», aunque enunciado con alegría. Bueno: no diré tanto. Al fin y al cabo, en el fondo del episodio, el «memento homo!» sigue siendo el de siempre: la macabra advertencia de que hemos de morir. Sólo que los «verdes», al repetirlo a su manera, lo hacían proclamando los derechos de la «vida», de una «vida» en peligro.

Nunca me he manifestado excesivamente entusiasmado con las actitudes «ecologistas» radicales. A menudo —por no decir siempre— pecan de irrazonables, a pesar de la razón que les asiste. Y digo que pecan de irrazonables porque, cuando de la «crítica» pasan al «programa», su oferta de soluciones no suele ser viable. Y no me meto, ahora, en la contradicción que supone mantener en teoría unas exageraciones literalmente utópicas mientras ellos mismos se benefician de las ventajas, siniestras ventajas, del sistema depredador que tratan de atacar. Me gustaría saber quién es el guapo —por muy ecologista que sea— que renuncie a la aspirina, al ascensor, a las locomociones viales de cada día, y a una comida inevitablemente sofisticada por la industria, y a todo lo demás. Espero que se me entienda. Sólo un anacoreta, alguien con vocación de anacoreta, llegaría a tanto. Y los «verdes» acostumbran a ser una gente normal, que acude a las farmacias y a las clínicas cuando lo necesita, consume energías tóxicas cuando enciende la luz eléctrica o toma una ducha, gana su jornal haciéndose cómplice del embrollo...

Esto es así, y me temo que la cosa es notablemente irreversible. Una «vuelta a la naturaleza» constituye, a estas alturas, una pura ilusión del espíritu. Ya lo era en la época de Rousseau. Toda «sociedad moderna» —en los territorios subdesarrollados, el vecindario debe de ser «ecologista» por obligación, o casi— descansa sobre un engranaje tecnológico y, desde luego, económico, cuyas exigencias automáticas para mantenerse, y para mantener a la población, son cada vez más complejas y complementarias, en el sentido de que nadie puede prescindir de lo demás, y lo demás implica contaminaciones, espolio de tal o cual «habitat», alienación moral y material (o material y moral, si algún lector lo prefiere). Me imagino un «ecologista» empadronado en Nueva York, por ejemplo. Pero ¿cómo «desmontar» ahora Nueva York? Y pongo Nueva York: cualquier otra gran ciudad serviría como indicación. Peor todavía: cualquier ciudad pequeña, y

los estadísticos parten de la base de que una aglomeración de ocho o diez mil habitantes ya es «urbana», o sea, sujeta, hipotéticamente, a idénticos mecanismos que otra de ocho o diez millones, salvando las distancias, claro. Y eso está ahí. Y está ahí tan consolidado, que uno no llega a imaginar una rectificación como no fuese a partir de cero.

NADIE tiene ganas de regresar a ese extremo. Ni siquiera los que usan la bicicleta para eludir gases letales: esa misma bicicleta ha sido fabricada en sitios —ella entera o sus piezas— que emiten humos deplorables. Exactamente como los «sitios» donde confeccionan todo lo demás: medicinas e instrumentos quirúrgicos, libros, lo que venden en los supermercados, el gas o la electricidad, los programas de televisión, el avión y el metro, los estadios y las casas, las conservas y los congelados, el parvulario y la Universidad. La «vuelta a la naturaleza» tendría que ser, en principio, un regreso a la «ruralización» —que, por otra parte, ya llevaba en sí, como larva, todo lo posterior: quien inventó la rueda, un labriego, ponía la primera piedra de la electrónica, y probablemente en el paleolítico superior—: ¿cómo «ruralizar» Nueva York, o Tokio, o Londres, o París, incluso Barcelona, o mi misma Sueca, tan «rural» todavía, pero con veintitantos mil almas (o cuerpos)? De momento, nadie se ha planteado en serio la cuestión —y lo lamento por los «ecologistas», y lo que es peor, ni los propios «ecologistas». El drama se alarga al Tercer Mundo, donde los fantásticos indígenas han sustituido sus cacharros ancestrales de la alfarería por los equivalentes de plástico, fabricados en Norteamérica, y sus ropas, afortunadamente escasas, o no, según el clima, ya no son los tejidos arcaicos sino la gloriosa compraventa del nylon, de los vaqueros, de los bermudas, de las camisas vistosas que difunden las multinacionales.

Y este es el problema pendiente. El de unos y el de otros. Cuando los «verdes» en la Alemania Federal han llegado al Parlamento, algo significa eso: una repulsa electoral a los otros, de extrema derecha, socialdemócratas tontos, falsos comunistas y, demás, disfrazados. Estos individuos, allá y aquí, están pendientes de los misiles, de la llamada «crisis económica» y de las admoniciones de sus curas. Me encantan los «verdes», y ya he explicado aproximadamente sus limitaciones. Me encantan porque cantan «verdades». Y conviene que dejen de ser «marginados», que voten, y que vayan al parlamento —al alemán y a los de aquí— con una afirmación clorofílica. Pudieron hacer más, los «verdes» alemanes parlamentarios, con su inmunidad: Llevar a sus escaños unas cuantas especies animales a punto de extinguirse: lagartos, unos alces, hormigas, una pantera o un rinoceronte, pajaritos, y hasta un estuche con un bacilo de Koch, que, franciscanamente, también es una «criatura de Nuestro Señor», y no sólo el «hermano lobo»... El lío habría sofocado a los mismos «ecologistas»... Mi conclusión es que, hoy por hoy, estamos acogotados por el negocio «contranatura», de un lado, y por la reacción contraria «pro-natura», de las víctimas. La sensación de ser «víctima» no es corriente,

en esta perspectiva. Sí en lo de los salarios, pero no en lo restante.

ME gustaría, y mucho, que en los diversos parlamentos del Reino de España, el de Madrid y las piltrafas autonómicas, que el señor González pactó con ciertos fantasmas ya deteriorados, prácticamente inexistentes, los «verdes» empezasen a emerger. Aunque sólo fuese para hacer la puñeta, y en un escaño, en un solo escaño del Congreso, se presentase una rosa normal, y don Alfonso Guerra se enterase de que la rosa no tiene nada que ver con la falacia simbólica del PSOE. «Verdes» potenciales, en esta circunstancia, seríamos muchos. Enfrentados, como los de la Alemania Federal, con los demás. Aquí contra un Gobierno aparentemente socialista, contra la amenaza, fascista de Fraga, contra unos liberales de la familia Garrigues que están históricamente a la derecha del conde de Romanones, contra un Partido Comunista abruptamente analfabeto —incluso cuando el doctor Tammes aspiraba a inspirarlo—, contra el señor Ferrer Salat, contra los arzobispos, contra la Administración entera, y todos son «administración». Y me pregunto por qué los «verdes» indígenas no han levantado la voz. Hay que ser «verde», pero, insistiendo, razonablemente: no para «arreglar el mundo», sino para impedir más desastres «ecológicos» en los cuales estarán de acuerdo don Alfonso Guerra, don Manuel Fraga, la patronal y los sindicatos «correas de transmisión». De estas angustias no tienen ni idea el señor Camacho ni el señor Redondo. Todos estos fulanos no entenderán nunca la propuesta «verde». Y tendría que haber, con éxito, alguna candidatura «verde», y hacer como en la Alemania Federal.

Por lo menos, burlarse de todos —de todos «ellos»— con un ramo de olivo. Bíblico, o pagano, y da lo mismo. La ofensiva contra el «pueblo» es evidente, porque siempre será una tomadura de pelo. Y no sólo los «verdes» conscientes, sino muchos más «marginados», tendrían que ser algo más que tristemente «testimoniales». Lo malo es que los «marginados», empezando por los «ecologistas», no tienen —o no sienten— la voluptuosidad del «mando». Y por eso perderán siempre. Y ya han perdido. Nunca serán mayoría. Sea como fuere, a mí me habría encantado que, en las llamadas Cortes Españolas, que alguien hubiese ocupado su escaño con una brazada de acelgas, con una garba de trigo, con unos racimos de uva, con una paella bien cocida, con un puñado de aceitunas clásicas, y con un pollastre, o una oveja o un cerdo, o una augusta vaca. Pero los «verdes», entre nosotros, son pocos, y son, por lo general, personas que nunca han visto una vaca ni una espiga, y si las ven, ni se enteran de lo que ven. O sea: que todo está como estaba previsto. Poco «verde», nada «ecologista», y electrodomésticos, edificios de muchas plantas, comestibles químicos, lecturas doctrinales, diputados y senadores sometidos a la disciplina de voto, una democracia que se caricaturiza a sí misma con el chiste de las «listas cerradas», la «ley D'Hont»... Esto es lo que ocurre. Y me sorprende que no prospere la «divina acracia». O el «pasotismo».

Quizá, en otro artículo, alargue la reflexión.

Joan FUSTER

## Cartas de los lectores

### «La ética profesional y las otras»

Señor Director: Acabo de leer «La ética profesional y las otras», artículo de Jordi Maragall, aparecido en «La Vanguardia», 31/3/83, en el que enjuiciando una sugerencia de Manuel Fraga Iribarne —«no hay nada que cambiar, nos basta con una ética cristiana» que ha presidido una época reciente de nuestra historia estaba minada por la corrupción y la inmoralidad.

Me gusta llamar las cosas por su nombre, acostumbro a hacerlo. Estoy de acuerdo con el autor del artículo en que «un poco de respeto al escribir la palabra cristiana». Por tanto, ética cristiana no se identifica con la que de hecho se haya vivido tradicionalmente en la vida pública, o mejor política, del país, que no entro a juzgar.

En mi opinión, sin necesidad de escudriñar las palabras, pienso que al hablar de ética cristiana tradicional se está haciendo referencia a la moral natural, propia del hombre, a la que asume, eleva y trasciende; y nunca natural puede confundirse con «naturalista», esta última chata, cerrada, incapaz de asumir el espíritu —el alma— que toda persona lleva dentro de sí. No es necesario reinventar una nueva ética, sino vivir-

La Vanguardia agradece las cartas de sus lectores y tiene también en cuenta las que no aparecen publicadas. Escogemos con preferencia para su inserción —íntegra o condensada, según el espacio disponible y el interés del tema— las cartas breves, de no más de veinticinco líneas a máquina, escritas a doble espacio y por una cara. Todas deben poder aparecer firmadas con nombre y apellidos. No publicaremos cartas con seudónimo o iniciales. Recordamos a nuestros comunicantes que debemos tener constancia de sus señas completas —preferible con teléfono— y que no nos es posible mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas respecto a las cartas no publicadas.

la como es, que como bien dice el autor, comporta exigencias de limpieza y honestidad.

Lo que los políticos entiendan por moral, o por «ética» más al uso, eso no lo sé.

Montserrat URGELLES

### Otra vez la Casa Serra

Señor Director: He leído la carta que le dirige don Jordi Torras disconforme con la actuación del Ayuntamiento. Deseo informarle que con fecha 16-7-81 me dirigí al alcalde protestando por la falta de respeto a las ordenanzas vigentes que suponía el proyecto. Por no respetar la regulación de la altura en la calle Córcega; por no respetar el Catálogo Municipal de Edificios Artísticos, autorizando derribar la planta baja con fachada a Diagonal, obra de Puig i Cadafalch; por establecer una compensación volumétrica a la propiedad como si no existiera el monumento, con diferencia de trato respecto a los terrenos afectados por viales o zonas

verdes; por la grave responsabilidad que representaba la desaparición de los planos en el Ayuntamiento de un edificio de estas características.

Me ofrecí incluso a proporcionar unos bocetos iniciales de la distribución interior. Ni las Ordenanzas Municipales ni mi carta tuvieron ninguna utilidad y el estropicio se consumó. El Ayuntamiento debe obligar, como mínimo, a construir la nueva fachada que acabe la Casa Serra, con los materiales sacados del derribo, como se decía en el proyecto. A los ciudadanos nos cabe el derecho de impugnar un permiso de obra que es contrario a las Ordenanzas Municipales vigentes para todos.

Alberto ROCA SERRA

### Libertad de expresión decapitada

Señor Director: No se puede entender que dentro de este régimen de libertades nos quedemos impasibles frente a la descarada manipulación de los servicios in-

formativos diarios y semanales de RTVE, a la transmisión de la tradicional programación de la Semana Santa —que el Gobierno calificó de profana— y ahora a la destitución de dos profesionales íntegros: Mauro Muñiz y Manuel Almendros con un carpetazo de malhumor dictatorial.

Belén JAUDENES

### Ni un visitante francés

Señor Director: Leí una carta y luego un artículo referente a los turistas que durante las vacaciones de Semana Santa han pasado por los diferentes lugares de nuestra geografía.

Quiero referirme concretamente a los franceses que, aunque no dudo que algunos habrán disfrutado de ellas, yo, como conservador del Museo de Palamós, debo decir que han visitado el museo bastantes visitantes, pero al final de cuentas debo declarar que, aparte de los españoles, nos han visitado algunos alemanes, pero franceses ni uno, claro que influye la postura de su Gobierno, pero la triste realidad es que no ha venido ninguno.

Juan JUNCA  
Museo de Palamós (Gerona)